

Un nuevo paradigma para la doctrina social católica: el humanismo ecológico y la crítica al mercado en la encíclica *Laudato Si*

Elmar Nass

Introducción actualizada

En vez de inspirar entusiasmo, los resultados de la última Cumbre del Clima, que se celebró el año 2017 en Bonn, son motivo de resignación. EE. UU. se desvincula abiertamente del acuerdo para poder perseguir tranquilamente sus intereses económicos. En este sombrío escenario para la política climática irrumpe China, importante infractor ambiental, y, con un gran efecto publicitario, aparece como el salvador internacional del clima, hecho que resulta bastante sorprendente. La pregunta es si lo que en realidad lo motiva no será una estrategia económico-política en vez de una real preocupación por nuestra Tierra. Estas actuaciones abiertas o encubiertas siguen convirtiendo la preocupación por la creación divina en moneda de cambio de los persistentes egoísmos nacionales. Esto le confiere más actualidad al llamado que el papa Francisco hace en su encíclica ecológica *Laudato Si* de adoptar la conservación de la creación como tema prioritario para la doctrina social de la Iglesia. Tanto el mencionado documento como el mismo Papa han tenido que afrontar una que otra crítica, sobre todo respecto a su persistente reproche de una economía orientada en el mercado. Numerosos representantes de las ciencias económicas perciben como exagerada o poco objetiva esta crítica de fondo. Aunque mi valoración de la encíclica es positiva, en un texto redactado durante la primavera de 2016 y publicado en enero de 2017¹ insinué una crítica en esta línea y la complementé con algunos cuestionamientos hacia la base argumentativa en la que el Papa sostiene sus evaluaciones. En el texto no alcancé a considerar el discurso del Papa con motivo del otorgamiento del Premio Carlomagno el 6 de mayo de 2016. Según mi parecer, con el reconocimiento de la economía social de mercado en este discurso hizo concesiones a sus críticos y relativizó su fundamental crítica del mercado. Ahora bien, sigue siendo poco claro sobre qué engloba exactamente el concepto «economía social de mercado». Siguiendo las ideas de los padres fundadores, representa un modelo ordoliberal del régimen económico. Sin embargo, sigue siendo un tema incierto la aprobación o no aprobación del Papa de dicho régimen. Esta ambigüedad se debe al hecho de que en la economía social de mercado se amparan muchas posturas –a veces incompatibles entre sí–, lo cual ha contribuido a difuminar el concepto. Es por ello que me quedo con mi evaluación principalmente crítica del abordaje que hace el Papa en su encíclica de la relación del mercado y las ciencias económicas con la idea cristiana de la humanidad, a pesar de que haya dado –según mi parecer– un notable giro en pro del orden de la economía de mercado.

¹ Publicado con el título: «Ökologischer Humanismus – neues Paradigma in der Katholischen Soziallehre» en: Wolfgang George (ed.): *Laudato Si - Wissenschaftler Antworten*, Gießen (2017): 233-243 (la reproducción cuenta con la amable autorización del editor).

Revolución de la doctrina social de la Iglesia

Vasijas nuevas para nuevo vino es lo que proporciona el papa Francisco con su encíclica *Laudato Si*, tanto en términos temáticos como estilísticos y metodológicos. Resulta novedoso que destaque la conservación del medio ambiente como tema de una encíclica social. Si bien el concepto ecología se aborda con una definición amplia, incluyendo, por ejemplo, las relaciones interpersonales, la idea de la casa (οἶκος) común engloba –además del ser humano– principalmente las relaciones con la Tierra, es decir, con aquello que rodea al ser humano en forma de la creación de Dios. En términos estilísticos, la Encíclica no constituye una disertación con estructura científica, tal y como fue el caso de sus precursores. Imágenes de la Biblia, de la mística y de las oraciones de San Francisco de Asís y otros convierten el texto en una homilía impregnada de espiritualidad que convence con sentimiento y pasión. Esta –para una encíclica inédita– vitalidad hace que irradia credibilidad el mensaje del convincentemente humano papa Francisco. Sus actos se reflejan en sus escritos, plasmando sus gestos, signos, imágenes y su praxis con un espíritu espiritual. La Encíclica omite sistemáticamente la fundamentación de la ética con el derecho natural, a la cual se recurría hasta el momento. Si bien no se descarta aquel acceso racional a la fundamentación concluyente de los valores cristianos y principios sociales proveniente de la doctrina de Santo Tomás de Aquino, tampoco se menciona expresamente, tal y como lo hacía Benedicto XVI. Las interrogantes de la fundamentación básico-ética que se solían encontrar en las encíclicas fueron reemplazadas por una radical orientación práctica que incluye propuestas concretas para el buen actuar y pensar del ser humano. Ahora bien, el Papa emprende este giro con un fundamento sólido, basándose en la teología y mística franciscana (de Buenaventura, entre otros) en lugar de referirse al derecho natural. En su análisis económico además se sirve de patrones modernos del pensamiento provenientes de la teología de la Liberación –la cual fue condenada por la Iglesia durante mucho tiempo–, de modo que es imposible sostener que su teología es una continuación de la teología de Benedicto XVI.

Si bien las numerosas referencias a anteriores documentos doctrinarios de la Iglesia –lo cual es algo habitual para una encíclica– muestran que el papa Francisco pretende que su Encíclica se considere en la tradición de las doctrinas sociales (15), siendo esto parte de la autopercepción pontifical, es algo indiscutible que sus escritos no se limitan a seguir ideas preconcebidas. Francisco no se mueve por los senderos bien explorados de la doctrina social de la Iglesia. Con ello, satisface sobre todo a una que otra crítica externa al ámbito eclesial, según la cual la Iglesia debe su lentitud y modos anticuados precisamente a la dependencia que mantiene la doctrina eclesial con aquellos senderos. Francisco introduce un nuevo paradigma y todavía queda por demostrar si este paradigma posee fuerza innovadora. Lo novedoso de él en el ámbito de la clasificación teológica no es el concepto en sí, sino la asociada semántica de la ecología humana, la cual el Papa presenta como clave para la valoración de los problemas contemporáneos desde la ética social. No se puede permitir que esta interpretación del humanismo ecológico, en un acto de nivelación, se perciba como parte de la tradición doctrinaria sostenida hasta el momento. Aquello le quitaría a la Encíclica su potencia innovadora inherente. Por tanto, mostraré a continuación el por qué *Laudato Si* no

se debe entender como un documento eclesiástico evolutivo, sino más bien revolucionario, y enseguida haré una valoración crítica de este mensaje desafiante.

Análisis: una cultura humana autodestructiva

Al igual que todo humanismo ético, la variación ecológica con la cual se perfila el papa Francisco tiene su punto de partida en el ser humano. Su ecología humana integral considera al ser humano normativamente en su relación con Dios, con el prójimo y con el medio ambiente (27). En el marco de su orden de creación, Dios le habría otorgado al ser humano esta triple responsabilidad y el cumplimiento de esta responsabilidad lo llevaría a la salvación, mientras su desacato terminaría en la desgracia del individuo y –debido a las consecuencias agregadas a través de reglas e incentivos– de la humanidad en su conjunto. Desde esta perspectiva orientada en la salvación se identifica la actual crisis que el ser humano vive respecto a la ecología humana y que se refleja en numerosos fenómenos autodestructivos (79). El Papa sostiene que una crisis profunda de la economía sería la razón para esta atrofiada trinidad de la cultura relacional.

Triple crisis de la ecología humana integral

Primero dedicaremos una mirada a los fenómenos de la crisis que se abordan específicamente y que hoy contribuyen a deshumanizar al ser humano. Al igual que en la exhortación *Evangelii Gaudium* se condena, desde una perspectiva que privilegia a los pobres, principalmente la exclusión social y económica de algunos seres humanos, por ejemplo, que las personas de los barrios pobres de las grandes ciudades se consideren prácticamente desechos obsoletos, por carecer de función en una sociedad enfocada en el consumo y en la creación de beneficios. Hoy por hoy, el valor del ser humano se limitaría principalmente en su productividad económica valorizable en dinero. El ser humano se habría olvidado de Dios, pretendería tomar el lugar de éste (66) y decidiría desde la lógica económica sobre quienes son seres humanos en el pleno sentido de la palabra y quienes no. Así se pervierte la inalienabilidad de la dignidad humana, la cual en el cristianismo se deriva de la creación del hombre a la imagen de Dios (84). Según esta lógica, quienes carecen de utilidad, no son seres humanos. Una visión semejante de la persona humana es contradictoria con la ecología humana integral. Destruye (1) *la relación del ser humano con Dios*, por el hecho que desde la perspectiva cristiana es equivalente a la autodestrucción humana. Corresponde a la ética del llamado imperialismo económico, desarrollado en toda su radicalidad por el premio Nobel de Economía, Gary Becker, entre otros, y que se encuentra algo suavizado en algunas éticas económicas actuales. Son considerados como seres humanos solo aquellas personas que resulten útiles para la economía. En torno a ello gira la economía normativa, la cual se define como continuación de la ética con medios económicos. Siguiendo esta lógica, el buen actuar se orienta en el consumo y en la eficiencia. Aquello es interpretado por el Papa como caldo de cultivo para la explotación (5). La visión en que se fundamenta esta ética económica, a pesar de ser antropocéntrica, margina a la mayoría de los seres humanos. Es algo paradójico, ya que

en nombre del enfoque ético en el ser humano la mayoría de los seres humanos son despojados de su dignidad. Esta exclusión se identifica como mal fundamental de nuestros tiempos.

Según el Papa, la ética del *homo oeconomicus* lleva, también a nivel global, a la dotación uniforme del ser humano con una mentalidad del descarte, marcada por un lado por el miedo y, por el otro, por la avidez (59, 105, 203). Semejante tipo de cultura contradice a la ecología humana integral, por la razón de que destruye la convivencia de las personas como familia humana –postulada por el cristianismo– y, con ello, (2) *la responsabilidad encomendada para el prójimo*. Los seres humanos se convierten en un mero engranaje de la máquina económica o se consideran tan solo como un recurso humano junto a otros recursos que generan beneficios a corto plazo. Si la «buena» existencia humana es determinada por el dominio del consumo y la eficiencia, se desvalorizan el amparo humano (48) y la integración social (46). La individualización (208) en un gélido clima social, en el sentido de una existencia paralela anónima en sociedad, es algo que propaga por ejemplo el premio Nobel de Economía estadounidense James Buchanan como supuestamente deseable «orden moral». Para el papa Francisco son consecuencias de estas lógicas de incentivos, consecuencias que desplazan tanto a los tesoros culturales y sociales, por ejemplo de la población nativa (145), como también la moral individual, la cual habría que prevenir precisamente una «ética» semejante, en el sentido del experto liberal en ética económica Karl Homann y su escuela. Al fin y al cabo, la virtud individual que aboga por el amparo, la inclusión o la diversidad cultural, podría alterar la predecibilidad de las asignaciones económicas. Las vías de escape de la inequidad social global (48 ss.) son obstaculizadas por las interdependencias causadas por el endeudamiento internacional (52), de modo que la lógica excluyente de la autodestrucción humana se perpetúa a nivel socioético.

Además de este limitado enfoque en cálculos económicos, según el Papa también se pierde de vista (3) *la relación responsable con el medio ambiente*, la cual fue encomendada al ser humano como parte del plan creador, siendo él el destinatario de esta responsabilidad. En ello consiste la tercera violación del mandamiento de la ecología humana integral, para la cual se nombran a modo de ejemplo el calentamiento global (167), la escasez de agua limpia (185), las montañas de basura y la contaminación del aire. Asimismo, se menciona a la migración (25), a las tensiones sociales y a las guerras (14, 142) como consecuencias lógicas de la irresponsabilidad de algunos cuantos ricos frente al gran número de los pobres marginados de este mundo. Asimismo, el valor intrínseco de las criaturas ha caído en el olvido bajo el dominio de la economía antropocéntrica. Aquello se identifica como traición a la misión creadora de Dios (69). El papa Francisco, de forma programática, se convierte en el portavoz de la denuncia, tanto de los pobres como de la hermana Tierra (49). Con esta equiparación, la voz crítica de la creación experimenta una valorización sin precedentes en la doctrina social de la Iglesia.

Esto permite enfocar a la crisis de la ecología humana de la siguiente manera: el olvido de Dios, el gélido clima social en las relaciones humanas y la irresponsabilidad frente a la creación implican una triple violación del contrato entre el ser humano y Dios. Con ello, se da

pie a la hibris tecnológica, que, enfocada en la factibilidad, pierde de vista la responsabilidad frente a Dios, la creación y la cultura social.

Economía en crisis

Esta autodestrucción del ser humano está, según el papa Francisco, inseparablemente vinculada al, igualmente destructivo, dominio del poder carente de moral, el cual surge producto de la vinculación de un poderoso mercado con la tecnología (102). En nombre de la libertad se degeneraría la virtud del ser humano, la cual paradójicamente coronaría al egoísmo como nueva moral y configuraría las relaciones humanas según esta lógica normativa (105). Se considera como mal de fondo la marginación del control político por el arrollador poder del mercado (196). En consecuencia, el sistema financiero globalizado (54, 144), la visión económica normativa del ser humano, una lógica de mercado enfocada en generar beneficios a corto plazo (32, 54), el orden de la propiedad privada (196, 93 s.) y el sistema de mercado en sí con su dependencia de la tecnología, llevan –siguiendo a un supuesto pragmatismo utilitarista (205)– a efectos ambientales externos que impactan sobre los más pobres y que no son compensados (36), a la masificación y esclavización de estos efectos (105), así como a la marginación de la economía real (110). Aquello trae como consecuencia la corrupción y presiones políticas a causa de dependencias financieras. Según ello, el paradigma técnico-económico destruye la ecología humana, desintegrando las tres dimensiones de la responsabilidad, tanto desde la ética individual como desde la ética social, a expensas de la paz con Dios, el mundo y entre los seres humanos (229).

Clasificación: un nuevo orden creado por nuevos seres humanos

La ecología humana integral es para el papa Francisco la instancia normativa del plan divino de salvación para los seres humanos (5, 13) y, por tanto, es parte de las condiciones normativas que una comunidad no puede generar de forma intrínseca, en el sentido de la respuesta de Böckenförde. Mientras otras encíclicas abordan cuestiones sociales y económicas, *Laudato Sí* no se limita a plantear la cuestión ecológica como campo de aplicación de una clasificación ética previamente delineada, pese a que de por sí ya sería algo innovador. Más allá de ello se convierte en ingrediente de la economía de la salvación antepuesto al paréntesis de toda legitimación cristiano-ética, perfilándose como brújula valórica de mayor prioridad. Se prescinde de la lógica del derecho natural para fundamentar esta objetividad normativa. Si bien el concepto de la naturaleza se menciona varias veces, no se utiliza en un sentido científico-teórico como concepto normativo, del cual se derivan –mediante la comprensión racional del ser humano– derechos y deberes (humanos) absolutos. El papa Francisco percibe la naturaleza más bien como creación en un sentido generalmente comprensible, y, según su interpretación, su normatividad no se deduce de su existencia objetiva, sino más bien de la relación del ser humano con la creación (6, 115, 120). Teniendo presente a las catástrofes de la ecología humana, se recurre, en lugar del derecho natural, a fuentes bíblicas o místico-teológicas para fundamentar dicha objetividad, basándose en la evidencia. Como punto de partida sirve la lógica amorosa del plan divino de salvación (77), la cual penetra las tres relaciones de responsabilidad del ser humano y que se explora más bien

de forma espiritual que de forma racional. De esta forma, el papa Francisco se distancia del relativismo a través de una nueva fundamentación valórica, siendo que también su precursor había identificado el relativismo como concepto antagónico del humanismo cristiano. Así, se conserva la exigencia universal de la ética. Al contrario de sus precursores, el Papa deja que el plano de la fundamentación filosófica tradicional pierda importancia.

Con la principal brújula valórica de la ecología humana, se pretende reemplazar el poder del mercado por la primacía de la política (196), una tesis que se encuentra, entre otros, en los enfoques actuales de la ética del discurso sobre economía (por ejemplo, del experto en ética económica Peter Ulrich de San Galo). La idea es que la orientación de la ecología humana en el bien común reemplace, en leyes y virtudes, el pensamiento egoísta en el interés propio (42). Este anhelado cambio de sistema lleva a un nuevo concepto normativo del progreso, el cual es capaz de frenar la tecnología y el poder del mercado a través de una revitalización políticamente consecuente del principio cristiano de la destinación común de los bienes (42, 67). Esta nueva síntesis no tiene que ver con la tercera vía de la economía social de mercado que postula un «crecimiento sostenible», ya que ésta es vista como un «pobre» compromiso que con suerte le coloca un bonito disfraz al mal de la lógica de mercado (194). Según el papa Francisco, ya no tenemos tiempo para dedicarnos a semejantes autoengaños. Más bien debemos impulsar un cambio radical de sistema hacia una nueva economía bajo la primacía ecológica impuesta por la política (42).

Se debe cambiar un orden fundamentalmente errado con sus imperativos y dependencias de ciertas vías por un nuevo orden de inspiración jesuana (82). La dialéctica del paradigma tecnológico-económico y de la exclusión se debe superar mediante una nueva síntesis integral de la ecología humana, la cual llevaría al ser humano –en el sentido de Friedrich Engels– desde el reino de la necesidad (al que supuestamente no hay alternativa) al reino de la libertad, cultivando (más allá de toda lógica socialista) espacios de capacitación para que cada ser humano desarrolle sus tres niveles de responsabilidad previstos en el plan de salvación divino.

Para ello, se necesita de un nuevo ser humano virtuoso que cumpla con dicha responsabilidad en el sentido del plan de salvación, revolucionando así el orden con la ecología humana.

Aplicación: gobierno internacional de la virtud

La educación en la virtud para combatir el consumismo y el egoísmo (192), gestos ecológicos pequeños o mayores de cada individuo, la primacía política ante el poder del mercado (203), el ideal comunitario en lugar del individualismo (208) y la orientación en el bien común en el marco de una nueva definición de propiedad: todo ello son las consecuencias políticas de un nuevo orden mundial ecológico con nuevos seres humanos.

Para dicho cambio cultural necesitamos un concepto de orden socioético y un programa cultural de ética individual. El universalismo socioético en el sentido de la visión tradicional católica de la familia humana (13, 52) ahora debe inspirar sobre todo la solidaridad internacional con los más pobres (14, 142). Bajo la premisa de la opción preferencial por los pobres, se sigue desarrollando la instancia que exigía el papa Benedicto XVI como autoridad

política mundial (175) para imponer eficientemente los derechos humanos a nivel global y así ejercer un liderazgo internacional. Dicho liderazgo está pensado como guardián de la continuidad de la cultura de la ecología humana, más allá de los cambios de gobiernos nacionales (181). La aplicación de la idea de la familia humana se vincula de forma más concreta con un dominio cultural político universal para imponer una conciencia ecológica universal (207). La economía se ha de entender como servidora de esta cultura y que no puede estar a merced de las normas propias del mercado.

A través de este nuevo dominio político se aspira a generar un cambio duradero en los seres humanos. Para ello se requiere de un programa integral de educación, pensado principalmente para lograr que los explotadores y personas egoístas enfocadas en el consumo adopten un nuevo estilo de vida. Luego ellos participarán en cambiar –según esta idea visionaria– las condiciones globales o el orden internacional. Para ello el Papa desarrolla un impresionante programa de espiritualidad ecológica franciscana, único en su composición para la doctrina social de la Iglesia. Se exige una conversión ecológica a nivel individual y comunitario, la cual debe ser a la vez profética y contemplativa (216). Desde el punto de vista del misticismo, de la trinidad y de la eucaristía, se delinea un ideal de la convivencia humana que corresponde al plan divino de salvación y por el cual se tiene que dejar juzgar la convivencia real. Según el ideal jesuano (221 ss.), parte de ello es una cultura orientada en carismas: una cultura de la gratitud, de la gratuidad, de la simpleza, de la hermandad con el medio ambiente, de la medida, de la humildad, del asombro y de la serenidad (224), del cuidado (231), de la armonía, justicia, fraternidad (82) y de la afectuosidad (91). El papa Francisco cree factible la conversión individual y comunitaria a un modelo cultural de pretensión universal (205). Con ello introduce la virtud cristiana de la esperanza, la cual nos anima a creer que esta conversión vale la pena para todos, pese a que ya sea tarde, pero justamente no demasiado tarde.

Son algo complementario la exigencia socioética por una autoridad cultural semejante de la ecología humana y la exigencia planteada por la ética individual de un replantamiento de cada individuo. Se aspira a erradicar el egoísmo y, con ello, lograr una nueva libertad ante Dios. La clave para ello es que el diseño de la triple responsabilidad ecológica en reglas y virtudes corresponda a la salvación. La pregunta planteada por Bertold Brecht, si para lograr una nueva síntesis social debemos cambiar primero las personas o las condiciones, sigue justificadamente abierta desde esta lógica.

Valoración crítica

No puede subestimarse el efecto innovador de la Encíclica en el contexto del magisterio católico. Sin duda, uno de los logros maravillosos de la Encíclica está en explorar con pasión inédita la teología espiritual, con resultados fructíferos para las temáticas de la ética social. En vista a los amplios retos ecológicos que enfrenta la humanidad, constituye un progreso necesario y valiente el establecer la cuestión ecológica de la triple responsabilidad humana como parte esencial de la base valórica primordial de la ética social cristiana. Preguntas que angustian hoy a las personas se explican con la ayuda de ejemplos concretos, de modo que el mensaje puede llegar a muchas personas que normalmente suelen resistirse a la perspectiva

metódico-teológica. El lenguaje afectuoso, sobre todo hacia los pobres, hace que el texto logre generar simpatía entre los postergados, lo cual es algo muy congruente para la ética social de la Iglesia y seguramente presenta una gran ventaja para su acogida en muchos países del mundo.

El papa Francisco no cae en el error de dejarse utilizar políticamente por el movimiento ecologista. Ante esta eventual tentación para la Iglesia formula su rechazo rotundo a la perspectiva de género masivamente difundida en aquel movimiento (155), destaca a la familia como primera instancia para la enseñanza de valores (214) y critica duramente el enfoque en la ecología a costas de la humanidad (136), es decir, la propagación de la protección ambiental sin la protección de la vida humana.

Con tal de lograr una discusión fructífera sobre el impacto de la Encíclica, me gustaría hacer algunas observaciones, según mi parecer, críticas. Debería ser posible discutir sobre ellas en la Iglesia, en el marco de una cultura crítica justa y sin ser sancionado. Además, es algo importante para un fructífero pensamiento sinodal:

- Sin lugar a dudas, la Encíclica constituye un gran llamado de la ética de las virtudes. En este marco, se destaca principalmente la responsabilidad con el medio ambiente y el bien común y, como consecuencia, pasan a un segundo plano el valor inherente del amor propio y la autorresponsabilidad en su existencia personal. La triple responsabilidad de la ecología humana, derivada del plan de salvación divino, coloca en este sentido el amor propio en segundo lugar, pese a que Jesús Cristo en la regla dorada lo enfatiza en lugar de la Tierra como destinatario equivalente a la responsabilidad social del individuo, la cual a su vez se origina de la responsabilidad frente a Dios. A pesar de que este aspecto se encuentra en otra parte de la Encíclica (155), esta nueva jerarquía podría eclipsar los aspectos personales del amor propio y de la individualidad responsable. Seguramente no es intención del Papa dejar de lado el amor propio en tiempos de crecientes presiones psicológicas en el trabajo. La individualidad con amor propio es, sin lugar a dudas, el fundamento esencial de toda moral cristiana, por el motivo de que el plan de salvación divino nos compromete a apreciarnos a nosotros mismos con nuestros talentos y también a desarrollar estos talentos. La valorización de la Tierra no debe llevar a que se desvalorice el ser humano en su amor propio, más bien se trata de la relación entre los dos.
- La imagen idealista del ser humano que busca erradicar el egoísmo no recoge el realismo del Santo Tomás de Aquino, el cual ya en su fundamentación de la teoría de la propiedad rechaza semejante ilusión de un comunismo ideal. Esto por el motivo de que el ser humano no solo es altruista y desinteresado. Considerar este hecho incumbe a la configuración responsable del orden social con todas sus facetas. Así, según la doctrina de Santo Tomás, la propiedad privada, en su calidad de derecho natural secundario, sigue siendo tan solo la segunda mejor opción, la cual, sin embargo, se ajusta de mejor forma a la naturaleza pecaminosa del ser humano, y por tanto, desde la ética de la responsabilidad, es fundamentada y necesaria desde el punto de vista cristiano en un orden de propiedad privada. En lugar de ello, la Encíclica idealiza un eco-socialismo cristiano, el cual imagina el mundo como un tipo de vida conventual

armoniosa con propiedad comunitaria (véase Boff [2016]). Esta utopía fue el motivo de que fracasara no solo el comunismo secular, sino también el modelo de la mutua colaboración de las profesiones, el cual en la Encíclica *Quadragesimo Anno* del año 1931 se presentó como alternativa cristiana al mercado.

- El prescindir de una fundamentación de la ética desde el derecho natural no menoscaba la actualidad y aplicabilidad de la Encíclica. Ahora bien, le resta plausibilidad a la pretensión universal de la responsabilidad y dignidad humana absoluta. Es difícil que el plan de salvación, la Biblia y el misticismo como referencias se impongan en un debate fundamental, marcado por argumentos racionales y una ética secular o religiosa pero no cristiana. La tradición franciscana es fácilmente compatible con el derecho natural, tal y como demostraron los escolásticos tardíos de la Escuela de Salamanca (véase Franco [2016]). Según mi parecer, sería consecuente, innovador y enriquecedor redescubrir semejante simbiosis en lugar de sacrificar el derecho natural para defender racionalmente el mensaje.
- En lo personal, me resulta irritante la dialéctica sistémica con algún que otro tinte de la lucha de clases, pero al parecer se debe entender como remanente de la influencia de la teología de la liberación. Se rechaza expresamente la discusión de contenidos de las teorías de la economía de mercado (46), alegando que en lugar de ello nos deberíamos enfocar en el desarrollo real de los seres humano. Semejante postura agudiza las líneas del conflicto entre la Iglesia y las ciencias económicas liberales. Evoca las ideas de Leonardo Boff, el cual identificó el capitalismo como fruto podrido y afirmó que la dedicación a éste sería tiempo perdido. Mientras en numerosas teologías modernas y posmodernas se busca una conexión con teorías seculares, resulta sorprendente este rechazo categórico que ni siquiera hace el intento de encontrar puntos en común. Sin embargo, en mi opinión es necesario entablar un diálogo entre iguales, con tal de superar discrepancias y volver a crear una cultura filosófico-económica que logre combinar racionalidad económica y ética. Es la misión de una ética económica orientada en el futuro, la cual reconoce tanto los aspectos éticos del mercado como también sus deficiencias éticas. Es decir, cabe apreciar de manera más diferenciada la lógica del mercado con su potencial propio de justicia para así evitar el desperdicio de recursos escasos. ¿A qué se refiere exactamente el pragmatismo utilitarista? El utilitarismo tiene muchas caras. La equiparación insinuada del mercado con el imperialismo económico constituye una caricatura de la economía liberal. Sin lugar a dudas, la ideología de Becker no es compatible con la justicia cristiana. Ahora bien, la economía social de mercado, en su programa humanista, muestra otra cara de la justicia social, proveniente del cristianismo, la cual, sin bien no tiene relación con el imperialismo económico, sigue apostando por el mercado. Esta tercera vía me parece más prometedora en el sentido del plan cristiano de salvación que una conversión hacia la economía planificada.
- El visionario gobierno internacional de la virtud alberga, según su configuración concreta, el peligro de un paternalismo estatal. ¿Quién establece en este contexto los contenidos para esta amplia reeducación? ¿A qué se refiere la conversión social (216)? La conversión de un individuo se puede imaginar de una forma pedagógica y

espiritual. Si se refiere a una conciencia colectiva y a la conversión de esta conciencia, alberga el riesgo de perder de vista el individuo al enfocar el colectivo masificado, siendo esto algo que precisamente no quiere el papa Francisco. Éstas son algunas ambigüedades que quedan pendientes de aclarar.

Bibliografía

Boff, L.: «Die Erde wird den Kapitalismus besiegen». *Online Magazin Lebenshaus*, Jura de Suabia (2016). Publicado con fecha 11 de enero de 2016. <http://www.lebenshaus-alb.de/magazin/009590.html> (14.6.2017).

Franco, G. (2016): *Economia senza etica? Il contributo di Wilhelm Röpke all'etica dell'economia e al pensiero sociale cristiano*, Soveria Manelli.

Papa Francisco: discurso con motivo del otorgamiento del Premio Carlomagno con fecha 6 de mayo de 2016, http://w2.vatican.va/content/francesco/de/speeches/2016/may/documents/papa-francesco_20160506_premio-carlo-magno.html (15.8.2017)